

La M. María Lange y la confianza absoluta en la Providencia de Dios



Rogelio Zelada

La respuesta del Arzobispo de Baltimore resonó dura y cortante en el frío despacho del palacio episcopal. La reciente fundación de las Hermanas Oblatas de la Divina Providencia se había convertido para él en un punto de contrariedad en su gestión al frente de la arquidiócesis primada.

¿Por qué y para qué una congregación de religiosas negras, con la finalidad de educar a niños negros? Su único comentario a la obra que comenzara la Madre María Isabel Lange había sido: ¿Cui bono? (“¿Quién se beneficia con eso?”). De ninguna manera consideraba importante, conveniente ni necesaria, la educación de los niños afroamericanos en el rebaño que la Iglesia había encomendado a su cuidado.

Nacida en el seno de una familia acomodada, Elizabeth Clarissa Lange se ve obligada a emigrar a Santiago de Cuba a causa de la violencia desatada en la Isla de Santo Domingo hacia el 1800. En la mayor de las Antillas aprende el español, que llega a dominar con total fluidez, como el francés, su lengua materna. En los primeros meses de 1812, un segundo exilio la lleva a Baltimore, donde había una importante comunidad de católicos de habla francesa y muchos refugiados procedentes de Santo Domingo.

Elizabeth Lange había recibido una excelente educación y una buena posición económica heredada de sus padres. Una mujer negra educada y profundamente católica que, conmovida ante la necesidad de tantos niños y niñas de su propia raza, a los que se les negaba el derecho a la educación, comienza a enseñar a niñas de la raza negra usando como escuela su propia casa. Lo hace en un estado esclavista, 30 años antes de que se proclamara la emancipación de los esclavos. Con otras amigas abre una escolita que ofrece educación gratuita durante diez años, y también enseñaban

catecismo a los niños pobres en la capilla del seminario de los padres sulpicianos. La Providencia puso en el camino de Elizabeth al Padre Joubert, quien, impresionado por la abnegación de este pequeño y atrevido grupo de maestras, les propone organizarse en una comunidad religiosa para la educación de la gente de color.

Para Elizabeth, la invitación del P. Joubert era la gran respuesta que estaba esperando de Dios, a quien deseaba consagrarse totalmente, sin saber cómo hacerlo.

Redactadas y aprobadas las reglas por el Arzobispo Whittfield, la congregación de las Hermanas Oblatas de la Divina Providencia se fundó oficialmente el 2 de julio de 1892 como la primera congregación de religiosas negras en toda la historia de la Iglesia. En una casa alquilada, las cuatro primeras oblatas profesaron pobreza, castidad y obediencia, en un gesto que implicaba una tremenda dosis de coraje, valor y esperanza.

Elizabeth Lange toma el nombre de Madre María y es elegida la primera superiora. Enseguida empieza a sufrir el ataque de los católicos blancos, a los que indigna verlas con el hábito religioso. Las Oblatas reciben insultos, golpes y amenazas, pero ellas no sólo no cesaron su labor educativa, sino que fundaron un hogar para acoger a huérfanos, cuidaban de los enfermos y sirvieron abnegadamente durante la terrible epidemia de cólera que azotó la ciudad en 1832. Aunque las Hermanas arriesgaron sus vidas para atender a los apesados, fueron las únicas que las autoridades locales dejaron fuera de los reconocimientos oficiales al terminar la epidemia.

La muerte del P. Joubert fue un duro golpe para la naciente congregación. Una gran crisis que las dejó sin confesor, ni director espiritual. Escasearon las vocaciones y faltaron las aportaciones económicas, pero la obra perseveró a pesar del abandono que las pequeña comunidad tuvo que sufrir junto con días de frío, hambre, trabajo intenso y la sensación del fracaso de la comunidad



Madre María Isabel Lange

de religiosas negras, que el Arzobispo Eccleston consideraba un asunto terminado: “Que busquen trabajo como empleadas domésticas”.

El Señor envió ayuda a la Madre Lange en la persona del Redentorista P. Thaddeus Anwander, quien con dificultad, pero con tesón, obtuvo el permiso del arzobispo para poder servir a las Oblatas, cuya confianza en la Providencia nunca había flaqueado, a pesar de tan duras pruebas y tropiezos. Se reclutaron mas alumnos, creció la comunidad, aumentaron las vocaciones y los padres jesuitas continuaron la asistencia espiritual de las hermanas.

Para poder mantener las escuelas obtenían un poco de dinero cosiendo vestiduras litúrgicas y lavando ropa, y aunque el trabajo doméstico no era su misión, la Madre Lange toleró enviar a un grupo de Hermanas para atender labores de servicio en el Seminario de St. Mary. Una dura decisión que ella aceptó como una misión de colaboración para la que puso claras condiciones: “Como

personas de color y religiosas al mismo tiempo, nosotras deseamos conciliar estas dos cualidades... no por aparentar arrogancia... ni por perder el respeto que se le debe al estado que hemos elegido y al hábito sagrado que tenemos el honor de llevar”. La M. María Lange estaba convencida de que el fundamento del respeto a los demás nace del respetarse a sí mismo; treinta años antes de que en los Estados Unidos se proclamara la eliminación de la esclavitud, ella exige para sus hermanas el respeto debido al color de su piel y al hábito que llevan como mujeres consagradas a Dios y al servicio de los pobres. Las Hermanas no serán simples sirvientas de los seminaristas y sacerdotes blancos, sino que harán una importante contribución al servicio del seminario, porque ninguna tarea es pequeña, ni denigrante, si se hace por amor a Dios.

De la oración, la paciencia y la confianza de la Madre Lange nacieron escuelas en Maryland, Nueva Orleans, Filadelfia y San Luis. Convencida de que la oración puede cambiar el orden de las cosas, su vida es un testimonio de todo lo que, confiando plenamente en la Divina Providencia, es posible llegar a hacer en medio de las más adversas situaciones. Dios le dio una larga vida a la Madre Lange, que falleció en la Casa Madre de las Oblatas el 3 de febrero de 1882, a la edad de 98 años. A su muerte, las Hermanas Oblatas de la Providencia han fundado casas en 18 estados de la Unión y se han extendido a Costa Rica, Cuba y la República Dominicana.

El 1991, con la aprobación de la Congregación para la Causa de los Santos, el Cardenal William Keeler, Arzobispo de Baltimore comenzó oficialmente los trabajos para el proceso de canonización de la M. María Lange, fundadora de la primera congregación de religiosas negras para el servicio de la comunidad negra en los Estados Unidos y en toda la historia de la Iglesia.

*Director Asociado
de la Oficina de Ministerios Laicos
rzelada@theadom.org*



LITTLE HAVANA FUNERAL HOME

3344 SW 8th Street, Miami, FL 33135

786-507-8272

CABALLERO RIVERO

CEMENTERIOS Y FUNERARIAS

Sirviendo a la comunidad Católica por más de 50 años,

ahora con locales por todo el condado de Miami Dade,

No hay mejor tranquilidad que el de planificar su servicio funeral para el futuro,

es lo que los profetas hacían desde la antigüedad.

“...y, después de descolgarle, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía” (San Lucas: 23, 53)

Las diaconisas del siglo III



Rogelio Zelada

En el siglo I, Jerusalén, la ciudad santa, no sólo es la meta de las grandes peregrinaciones de Israel, sino la gran confluencia de judíos que han venido de muy diversas partes del mundo, para pasar sus últimos días junto al Templo y ser enterrados cerca de sus murallas. La comunidad de los

hijos de Israel alcanzaba varios millones que vivían o habían nacido en la gran diáspora; Alejandría, Roma y Macedonia albergaban una buena parte de éstos que, seguidores de la Ley e israelitas de religión, habían asumido la cultura y la lengua griega, común en la época. Muchos de ellos entraron en la primera comunidad de Jerusalén al aceptar la fe y el camino de Cristo Jesús.

A un buen número de viudas cristinas, las autoridades del Templo les negaron el acceso a las comidas que les eran servidas gratuitamente a los pobres y a los huérfanos. Entonces la pequeña comunidad apostólica tuvo que alimentarlas con sus limitados recursos. Los Hechos de los Apóstoles nos narran este molesto episodio que recoge las quejas de aquellos nuevos cristianos, judíos de cultura griega, o helenistas, porque sus viudas eran discriminadas a la hora del reparto de comida. El texto nos deja ver mucho más que un pequeño incidente. Nos descubre la forma o el procedimiento por el que aparecen en la Iglesia todos los ministerios. Ante una necesidad, la de alimentar a las viudas griegas, interviene el Espíritu Santo otorgando dones y carismas, junto con la Iglesia que pone la normativa correspondiente, para que el servicio que se haga sea conforme a la mente y el mandato de Cristo.

El Espíritu y la Iglesia llaman, inspiran, motivan. Es lo que llamamos una vocación, y toda vocación lleva siempre a un ministerio. De modo que desde el comienzo, en la Iglesia de Cristo, cada vez

que aparece una necesidad que atender, aparece un ministerio correspondiente. Asimismo, si esta necesidad desaparece, también desaparece el ministerio.

En la primitiva Iglesia, a pesar de estar influida por el peso cultural de la figura del varón en la época, las mujeres ocuparon puestos relativamente influyentes. Así una cuarta parte de las personas que colaboraban con Pablo eran mujeres. Febe, portadora de la carta a los Romanos, es reconocida como “diaconisa”, patrona o presidenta de la Iglesia de Cencreas, en el puerto de Corinto; es decir que ella ejerció funciones de dirección con una importante responsabilidad en su comunidad. En la Carta a los Colosenses aparece Apfia, que con Filemón y Arequipo han fundado una iglesia doméstica. Se nombra muy a menudo a Prisca, esposa de Aquila, jefes de una iglesia en Efeso, predecesores de Pablo en la tarea misionera, y entre muchas otras, a Junia, que es nombrada con el título nada menos que de “apóstol”.

Por eso, para atender importantes necesidades de caridad, formación en la Fe y funciones litúrgicas, la Iglesia hace aparecer el ministerio de las diaconisas; un servicio de carácter fluido que asumirá diversas funciones según las distintas necesidades del pueblo de Dios. Así, en el siglo III, se ocuparán de atender a los pobres y a los enfermos, prepararán a las mujeres para el bautismo, las ayudarán a desvestirse y a vestirse y a ungir las. A partir del siglo III hasta el IV tendrán las diaconisas una amplia participación en el orden de la Palabra, la caridad, el culto y la oración, la instrucción e incluso en la dirección. En el siglo IV aparecen como parte del clero y reciben su ministerio por una imposición de manos del mismo obispo (jeirotónia). Las Constituciones Apostólicas colocan el rito de imposición de manos del obispo sobre la nueva diaconisa entre el diaconado (sacramento del orden divino) y el del subdiaconado (el primero de los órdenes establecido por la Iglesia).

Era el obispo el único que tenía potestad para consagrarlas y lo hacía rodeado por los presbíteros, diáconos y diaconisas de su iglesia. Imponía él las manos a la aspi-



rante al mismo tiempo que pronunciaba una hermosa oración de consagración en forma de prefacio.

Las diaconisas quedaban instituidas para el servicio de la caridad para con los pobres en la distribución de alimentos o de limosnas. Debían ofrecer amparo a las enfermas desamparadas y a los niños abandonados. Ayudaban a cuidar a las vírgenes y viudas de la comunidad y su criterio era requerido muy frecuentemente por el obispo. En la liturgia ellas debían guardar la puerta destinada a las mujeres, acomodarlas y mantener el orden en el espacio para ellas reservado.

Su más importante ministerio estaba en el rito bautismal de las neófitas adultas, a las que debían preparar durante todo su catecumenado. Debían ungir las con el óleo santo y conducir las de la mano a la piscina para la triple inmersión bautismal. Concluido esto, las acompañaban de nuevo ante el obispo para ser ungidas en la frente, los oídos y los labios con el santo crisma perfumado. La Didascalia de los Apóstoles, un documento del siglo III escrito en siríaco, dice a los obispos que: “A quienes te agraden de entre todo el pueblo, los escogerás y los establecerás como diáconos, un hombre para la ejecución de muchas cosas que son necesarias y una mujer

para el servicio de las mujeres. Porque hay casas a las que no puedes enviar a un diácono entre las mujeres por causa de los paganos, pero puedes enviar a una diaconisa. Y también porque en otras muchas cosas es necesario el oficio de una diaconisa. En primer lugar, cuando las mujeres bajan al agua tienen que ser ungidas con el óleo de la unción por una diaconisa. Pero que sea un hombre el que pronuncie sobre ellas los nombres de la invocación de la divinidad en el agua. Y cuando salga del agua, que la acoja la diaconisa y que ella le diga y le enseñe cómo debe ser conservado el sello del bautismo totalmente intacto en la pureza de la santidad”.

Aunque el concilio de Calcedonia ordena que se escoja para diaconisas a mujeres que ya han cumplido los cuarenta años, la Didascalia de los Apóstoles prefiere que las diaconisas sean designadas entre aquellas que habían cumplido ya los cincuenta años.

Las Constituciones Apostólicas ordenaban venerarlas como al Paráclito del Señor, pues “del mismo modo que nadie logra alcanzar la fe en Cristo sino por la doctrina del Espíritu Santo, así ninguna mujer debe acercarse al diácono o al obispo sino por la diaconisa”. Las diaconisas quedaban bajo la autoridad del obispo y en muchas comunidades tenían lugar reservado en la asamblea dominical, y aunque Clemente de Alejandría las enumera junto a los obispos y presbíteros, las diaconisas nunca fueron ordenadas, sino instituidas.

En el martirologio romano aparece más de una veintena de santas mártires que fueron diaconisas.

Cuando el bautismo de adultos dio paso al de los niños, la función de las diaconisas, su necesidad, fue desapareciendo, y con ellas ese ministerio; además, la aparición de nuevos estilos de vida consagrada y el crecimiento de casas monásticas, que ofrecían un refugio seguro para las mujeres, fue modificando el lugar y el ministerio de la mujer dentro de la Iglesia.

Director Asociado de la Oficina de Ministerios Laicos
rzelada@theadom.org



PALMS WOODLAWN FUNERAL HOME
27100 Old Dixie Hwy, Naranja, FL 33032
786-507-8272

CABALLERO RIVERO

CEMENTERIOS Y FUNERARIAS

Sirviendo a la comunidad Católica por más de 50 años,

ahora con locales por todo el condado de Miami Dade,

No hay mejor tranquilidad que el de planificar su servicio funeral para el futuro,

es lo que los profetas hacían desde la antigüedad.

“...y, después de descolgarle, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía” (San Lucas: 23, 53)

Los Mártires de la Florida



Rogelio Zelada

La barca ha atracado en un exuberante y desconocido lugar. La travesía al Nuevo Mundo, larga y accidentada, ha llevado a los marineros a las costas de la “Tierra de Pascua Florida” y el P. Pedro Martínez, junto con un pequeño grupo, decide adentrarse en la espesura boscosa de Tallahassee para encontrar grupos de indígenas

y poder cumplir con la misión que lo ha llevado al extremo del mundo conocido: anunciarles el Evangelio de Cristo.

Es el mes de agosto del Año del Señor de 1566 y el joven jesuita, nacido en Teruel, ha aprovechado el tiempo de su navegación para catequizar a la tripulación con sus canciones, su testimonio y sobre todo con la alegría de una fe contagiosa que acercó a todos los marineros al sacramento de la penitencia. Sin sospecharlo, han llegado a territorio hostil, donde los hugonotes han fomentado en los indígenas un profundo odio contra los católicos españoles. Mientras el P. Martínez aguardaba al resto de la comitiva, un grupo de nativos lo rodeó y allí, en la orilla, su sangre regó la tierra que había venido a salvar para Cristo. Fue el primer jesuita mártir de la Fe en el Nuevo Mundo. Este religioso, junto con dominicos, franciscanos y un enorme número de nativos conversos, han sido declarados Siervos de Dios al iniciarse su proceso de beatificación por iniciativa de los Obispos de La Florida; porque en este territorio del sureste norteamericano fueron martirizados, por odio a la Fe, más de ochenta evangelizadores y miles de nativos americanos.

Desde 1549 hasta 1706 florece en La Florida una intensa labor misionera llevada a cabo por importantes órdenes religiosas. En 1549, cerca del río Suwannee, es asesinado el dominico Luis Cáncer, junto con un grupo de compañeros de la orden que venían de misionar en Puerto Rico y Guatemala. A mediados de 1571 son martirizados 8 jesuitas y la Compañía de Jesús decidió aplazar para otra ocasión su misión en La Florida. En 1611, junto con 17 indígenas, es

martirizado el franciscano Vicente Ferrer de Andrade. En la zona de Apalache, Tallahassee, fueron torturados y quemados vivos 3 franciscanos, 9 indígenas conversos, y la familia del gobernador del asentamiento misionero; a la esposa, embarazada, le arrancaron del vientre el bebé que esperaba. Casi todos los templos que los franciscanos habían levantado fueron reducidos a cenizas. Otro franciscano, nacido en Cuba, Fray Luis Sánchez, sufrió el martirio en 1696, junto con sus dos monaguillos nativos, por negarse a renegar de la Fe de la Iglesia.

A mediados de 1704 los ingleses, junto con un nutrido grupo de blancos e indios, crucificaron al anciano militar Baltasar de Francisco. Por entonces son también asesinados, junto con otros compañeros, los franciscanos Juan de Parga Araujo y Fray Tiburcio de Osorio, nacido en la Habana, Cuba. En 1705, el floridano P. Agustín de León intentó rescatar a dos de sus monaguillos, que habían caído cautivos de los ingleses, y para ello se ofreció como rehén, a cambio de la libertad de los dos jóvenes indígenas. Todos fueron asesinados al momento, junto con el guía que se había ofrecido para acompañarlo. Las más fuertes persecuciones y asesinatos ocurrieron entre 1704 y 1706, cuando la tropa al mando del coronel James Moore (unos 50 soldados), con el apoyo de más de 1,500 indios, destruyeron a sangre y fuego todas las comunidades que habían levantado los misioneros franciscanos. Salvajemente torturaron y asesinaron a sacerdotes e indios católicos; entre ellos Don Patricio de Hinachuba, jefe indio del lugar, perfecto conocedor de la lengua hispana, que cinco años atrás había escrito al rey de España para denunciar algunos abusos, carta que el monarca respondió en 1700, ordenando a la autoridad civil que procurara dar a los nativos buen trato, ayuda, protección y defensa. El número de caciques conversos asesinados en esta etapa terrible fue de más de una veintena, y tal vez fueron miles los nativos martirizados por defender su Fe: apaleados, cortados en trozos, degollados o quemados vivos. Los sobrevivientes fueron reducidos a esclavitud y vendidos a los ingleses en las Carolinas y Georgia.

El Papa Clemente XI creó en 1704 una comisión para analizar y documentar el



Cuadro del Museo de Ocmulgee que representa al ejército inglés e indio de James Moore, que destruyó las misiones franciscanas, esclavizó a los apalachee y torturó a clérigos y civiles desarmados

martirio de indios y misioneros en La Florida; al año siguiente, el Papa encomienda a Lucas Álvarez de Toledo, Comisario general de las Indias, que redacte un informe y recoja los testimonios sobre los mártires.

Mons. Agustín Verot, primer Obispo de San Agustín, comenzó a recoger datos que permitieran estudiar y valorar la memoria de los mártires floridanos; más tarde, Mons. John M. Gannon hizo los primeros intentos de iniciar el proceso para conseguir la declaración de la Iglesia sobre la heroicidad martirial de estos indios y misioneros, y presentó ante la Santa Sede una importante documentación, pero la Segunda Guerra Mundial hizo que se postergara todo el proceso.

Ya en 1980, la causa de beatificación de estos mártires de La Florida recibió un fuerte impulso de Mons. René Gracida, entonces Obispo de Pensacola-Tallahassee. El actual prelado de esa diócesis, Mons. Gregory Parkes, y Mons. Felipe Estévez, Obispo de San Agustín, han abierto la fase diocesana del proceso de beatificación de todos estos mártires de La Florida, con una solemne Eucaristía celebrada el 12 de octubre de 2015, en unos terrenos al este de Tallahassee, donde en el futuro se espera

poder levantar un santuario dedicado a la Reina de los Mártires: los mártires de La Florida.

El Dr. Waldery Hilgeman, miembro de Missio Pastoralis, organización radicada en Roma, será el postulador general a cargo de promover la beatificación y hacer que el proceso llegue pronto a buen término. Por la extensión de esta causa han sido nombrados cuatro vicepostuladores: por la Orden Dominicana, el P. Alberto Rodríguez; por los indígenas martirizados, el P. Wayne Paysse; por los franciscanos el P. Bill Wilson, y por el mártir jesuita, Sixto J. García.

Estos mártires fueron testigos valiosos de la Fe y de la fidelidad a la Iglesia; religiosos europeos que trabajaron para inculturar la Fe; para ello aprendieron las lenguas indígenas y catequizaron a partir de la cultura local. Su compromiso con la fe en Cristo fue total; gracias a ellos, muchos años antes de la llegada de los peregrinos del Mayflower ya se hablaba y se rezaba cristianamente en estas tierras del sureste norteamericano.

Director asociado de la Oficina de Ministerios Laicos
rzelada@theadom.org



KENDALL FUNERAL HOME
7355 SW 117th Ave, Miami, FL 33183
786-507-8272

CABALLERO RIVERO

CEMENTERIOS Y FUNERARIAS

Sirviendo a la comunidad Católica por más de 50 años,

ahora con locales por todo el condado de Miami Dade,

No hay mejor tranquilidad que el de planificar su servicio funeral para el futuro,

es lo que los profetas hacían desde la antigüedad.

“...y, después de descolgarle, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía” (San Lucas: 23, 53)